

Anath ARIEL DE VIDAS, *El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana, México)*. Colección Huasteca, Centro de Investigaciones y Estudios Antropológicos, Colegio de San Luis, Centro Francés de Estudios Mexicanos y Centroamericanos, Instituto de Investigación para el Desarrollo, México, 2003, 578 p.

Un domingo de Ramos, del año de 2001, en el mercado de Tantoyuca, llamó mi atención un grupo de indígenas sentados sobre el borde de una pequeña fuente, frente a la iglesia. Un hombre y dos mujeres tejían, con gran destreza, figuras de palma pintada con anilinas rosa, verde e índigo. Palomas, mazorcas, estrellas y escaleras eran entretejidas para adornar las cruces de la Pasión de Cristo. A su alrededor, otras mujeres se afanaban también en la elaboración de tales reliquias y junto a ellas, dos pequeñas entre cuatro y seis años jugaban y saboreaban paletas de hielo.

Las pequeñas, con los pies descalzos, vestían ropas de fiesta procedentes de otra cultura. Sin lugar a duda, era ropa usada llegada de los Estados Unidos. La del hombre y las otras mujeres parecía tener el mismo origen. La hechura y las telas de su ropaje no correspondían a ninguna cultura de esta región y en éste, más bien parecía acumularse el polvo del camino, el paso de los años y las historias de un diario acontecer. Al acercarse algún cliente para examinar las cruces de palma, alcanzaban a murmurar “diez pesos”. Después de dos horas

de observarlos e intentar preguntar sobre su origen y lugar de procedencia, logré que el hombre me contestara. Era teenek, vivía en Loma Larga y no conocía a las mujeres que estaban a su alrededor.

Fue mi primer encuentro con los teenek, un tropezón que me hizo recordar un manuscrito sobre este grupo étnico. En él, se mencionaba

... los productos artesanales locales de fibra de agave (morrales y mecates) y de palma (sombrosos, petates, escobas) con los que los teenek llenan la plaza central de Tantoyuca los días de feria todos los domingos, rinden ingresos en efectivo, módicos pero permanentes. Esto les permite procurarse productos de primera necesidad: aceite, sal, ropa, maíz y frijoles cuando escasea.

Esta actividad artesanal, de significativa importancia en la vida económica de los teenek de Tantoyuca, se ha vuelto en cierto modo ‘un atributo étnico’ por el hecho de que se les ha asociado con ella por ser los únicos que la practican en esta región” (p. 98-99).

Este primer recuerdo de la actividad que caracteriza a este grupo étnico, pronto dio paso a otros. En efecto, al contemplar la pobreza de los vendedores de artesanías, al platicar con el hombre y notar un gran dejo de desconfianza evoqué nuevamente la obra. Esta vez, en mi mente se agolparon las imágenes que la autora trazó en forma imaginaria sobre los teenek de Loma Larga. Figuras que impactaban porque en su autocaracterización, que se antojaba fuera de toda lógica, se destacaba una visión del yo en sentido negativo.

La autora, un extraño personaje hebreo, dicen que era “misionera pentecostal”. Cuentan también que se negó a estudiar a los nahuas, para perseguir a los teenek intentando, según dice el despliegue del imaginario “secuestrar a los teenek para convertirlos en salchicha” para después comérselos. Sé que no consiguió engullirse lo que se antoja un embutido huasteco, pero si logró penetrar en la cultura de los habitantes de Loma Larga, para dar cuenta de la construcción teenek a través de procesos históricos y sociales confrontados con los discursos indígenas sobre la marginalidad social.

*El trueno ya no vive aquí. Representación de la marginalidad y construcción de la identidad teenek (Huasteca veracruzana)*, es una obra en la que Anath Ariel de Vidas presenta el caso de “una identidad étnica viva, que parece *a priori* no fundarse sobre ningún patrimonio valorado y reivindicado”.

Para indagar respecto al sistema de representaciones simbólicas teenek, la autora se basó en el conocimiento de su historia y de la situación socio-económica que prevalece en la Huasteca veracruzana. Las configuraciones económicas, sociales y espaciales y la complejidad de las relaciones establecidas entre los teenek y mestizos fueron el marco que le permitió entender la concepción de

su infortunio. En la visión del mundo teenek, Anath Ariel de Vidas encuentra una integración entre la evolución histórica y los cambios culturales en una realidad sobrenatural encadenada a las enfermedades y al territorio; una visión que les permite hacer una silenciosa narración de su condición marginal y subordinada frente a los mestizos. La pobreza, esa capacidad limitada del individuo para satisfacer sus necesidades primordiales, guía su estudio, pero no se restringe sólo a entender los factores socio-estructurales que la provocan, sino que más allá al buscar entre sus interlocutores la compleja maraña simbólica que han tejido en torno a ésta, ya para explicarla, o bien para reproducirla. Y buscando el principio de la madeja, Anath nos conduce a los orígenes, a los mensajes del inframundo donde da cuenta de la realidad de los *baatsik'*, esos antepasados que murieron porque tuvieron miedo al nacimiento del sol, que quedaron bajo la tierra enojados porque los teenek modernos siguen ahí, en Loma Larga. Y mientras ellos persisten, *los baatsik'*, según se apunta en la obra, se empeñan en llevarse “nuestro *ch'ichiin* (el alma del pensamiento o energía vital) para espantarnos”. Se alimentan de inmundicias, escupitajos, olores apestosos, suciedad, comida cruda, podrida o insípida, los huesos, la carroña y sobre todo de aguardiente mezclado con saliva. Tienen sus propios caminos y casas, salen a mediodía y a partir de la medianoche y se les encuentra sobretodo en los cerros y las hendiduras que ellos mismos crearon cuando se hundieron bajo la tierra tras la llegada del sol. Y son estos prehumanos transformados en seres del inframundo los que han determinado la inserción de los teenek en lo que se antoja una posición intermedia, entre los mestizos y los seres ctónicos.

Llaman la atención los recursos discursivos que van marcando la auto-representación negativa de los teeneks. La imaginan de diversas formas; en una se consideran descendientes de Caín; en otra, no dudan en compararse con las gallinas, que al igual que ellos, comen cualquier cosa y en cualquier lugar; se identifican también con Juan Diego, porque al igual que él son feos y pobres. Una autovaloración que enfatiza lo negativo y que en su ámbito cultural está acompañada de una serie de mecanismos reguladores, como la envidia y la brujería. Así, para no despertar la envidia de los vecinos, cuando un teenek se dedica a la artesanía, teje sus morrales de fibra de agave en la penumbra del hogar.

Todo el mundo en Loma Larga participa de este tipo de trabajo artesanal, pero la vista de otro tejiendo hace recrudecer la competencia entre aldeanos y, por lo tanto, también la envidia. La gente explica que teje en la obscuridad para que los que pasan no vean cómo el artesano y su familia va a enriquecerse (p. 257).

Los actos de brujería, señala Anath, pueden ser originados por la envidia, un altercado o el hecho de contraer deudas.

El hecho de deber dinero lo vuelve a uno vulnerable a la brujería, por encontrarse en una posición que le permite a otro reivindicar algo. Ahora bien, el acreedor se vuelve inmediatamente sospechoso de cualquier desgracia que le ocurra a su deudor y debe, por tanto, evitar reclamar lo que deben. De allí resulta una actitud que consiste en no mostrar que se tiene dinero y que se es susceptible de prestar dinero (p. 275).

La envidia y la brujería son, en este sentido, mecanismos reguladores que permiten a los teenek restablecer en forma constante un precario equilibrio.

Y es en este aspecto que me interesa destacar, dónde encuentro la diferencia con otros grupos indígenas en los que existen mecanismos reguladores a través de la redistribución de la riqueza, como puede ser la función que cumple el sistema de cargos. No hay duda de que lo que pareciera caracterizar a los teenek de Loma Larga es la redistribución de la pobreza en un medio en el que la escasez sólo es una parte del problema.

Pero, ¿por qué los teenek justifican su marginalidad situándola en un conjunto simbólico que da fundamento a su identidad? es una interrogante que para la autora todavía no es comprensible. Y no lo es porque los indígenas se encuentran relacionados con la sociedad dominante, a través del trabajo asalariado, el comercio y la educación.

La integración de los teenek a la sociedad nacional es indudable y en ella se deja de manifiesto su posición de vulnerabilidad. Tal vez por lo anterior, el concepto de marginalidad pareciera no ajustarse a describir completamente su situación.

El trabajo de Anath es también una lección teórico-metodológica con un profundo estudio etnográfico de la comunidad y un planteamiento teórico sobre la elaboración de la identidad étnica. De tal forma, tomando como referencia la definición de Claude Lévi-Strauss que a la letra dice respecto a la identidad "...se reduce menos a postularla o a afirmarla que a rehacerla o reconstruirla [...] la identidad es como un foco virtual al que debemos referirnos para explicar ciertas cosas, pero sin que nunca tenga una existencia real" (Lévi-Strauss, 1981); la autora considera que si bien se puede considerar a una comunidad de personas como grupo que genera lazos identitarios, ello sólo debe ser el principio de la investigación y no su postulado. Por ello, considera que el análisis realizado parte de entender el proceso por el cual la identidad adquiere constantemente una legitimidad y un consenso, tanto por

parte de quienes se autodefinen como pertenecientes a un grupo determinado, como de aquellos con los que se mantienen en constante relación.

Los teenek, para Ariel de Vidas, han manejado su propia teoría de la historia y de su diferencia, reinterpretando en forma permanente los procesos sociales. En estos procesos sociales, en las realidades y visiones del mundo y en la compleja y desigual relación entre un nosotros teenek y los otros indígenas, entre un nosotros teenek y los otros mestizos, es donde Anath se acerca, más no define, a la identidad de los teenek. La autora, sin embargo, sugiere que la identidad está formada por sistemas intra e interactivos que deben analizarse para delimitar la frontera entre Nosotros y los Otros.

Anath Ariel de Vidas, con profunda sensibilidad para entender los problemas de los teenek de Loma Larga, amalgama en forma exquisita los fríos datos de la realidad indígena con la complejidad de la teoría y con la buena pluma. En efecto, la amena recreación que logra a lo largo del texto, dejando caer un par de anécdotas y vivencias crudas de la realidad no son fáciles de entregar con el dato duro, tal como lo hace con la recreación del vendedor de pescados,

“El pescador” es un personaje particularmente jovial de cerca de cincuenta años, rubio de ojos azules y originario del Ébano, en San Luis Potosí, que recorre la región desde hace muchos años con su pequeño cartón de pescados fritos cantando por los caminos. En Loma Larga se dice que “es un artista” ¡porque “canta sin estar borracho”! (p. 98).

Y tal vez porque la autora se explaya en dar cuenta de la auto representación negativa de los teenek de Loma Larga no dudó en tomar e incorporar una fotografía en la que muestra “la borrachera en lo cotidiano”; foto por demás denigrante que no hacía falta mostrar, y menos aún cuando se incluyen otras que son relevantes para mostrarnos que a pesar de la pobreza y marginación en que viven, mantienen y recrean sus tradiciones en la cotidianidad.

A pesar de estos deslices, la importancia de la obra radica en la forma como se aborda el tema de la identidad desde otra visión; perspectiva con la cual se puede estar o no de acuerdo.

*Ana Bella Pérez Castro*

## REFERENCIAS

LÉVI-STRAUS, CLAUDE

1981 *La identidad*. Ediciones Petrel, España.